



Imagen de la familia Binak Çukaj con un militar español, tomada en su casa del poblado gitano de Zac, en Kosovo, durante el invierno de 2000. Sus integrantes sufrieron la persecución de serbios y albanokosovares.

Una historia milenaria

LOS gitanos salieron de la India para dispersarse por el mundo, aunque no se sabe con certeza cuándo ni por qué. Divididos en tres grandes grupos humanos –romanichels (rom), manouches (manu) y gitanos (calé)– todos comparten un origen común, una lengua y la conciencia de pertenecer a la misma cultura; y quienes no forman parte de ese conjunto reciben el nombre de payos. Son, por tanto, costumbres, leyes, lengua, ritos y expresiones artísticas lo que conforma su cultura. Tradición no escrita, que carece de literatura, transmitida oralmente generación tras generación.

Su lengua –romani, sintó o caló, según el grupo–, deriva directamente del sánscrito. Es eso lo que hace pensar a los historiadores que proceden de la zona noroeste de la India, si bien es verdad que se desconoce si allí formaban parte de una casta o de alguna tribu particular.

Aunque en todas las épocas la mayoría dominante trató de mostrar la lengua caló como un barbarismo, una jerga de incultos o incluso de delincuentes, y por tanto prohibida por ley, lo cierto es que se trata de una lengua milenaria. Los gitanos españoles son los que más han perdido el uso del caló, pero en el resto del mundo

los rom se entienden perfectamente.

Los gitanos se extendieron por todos los rincones del planeta, aunque la mayor concentración se produjo en Hungría y Moldavia, a donde llegaron durante el siglo XV, y desde allí pasaron a Alemania (1407), Francia (1419), Italia (1422) y España (1425), y posteriormente a Inglaterra, Escocia y Rusia, en torno a 1.500.

En la actualidad existen en la UE unos 12 millones de gitanos; las mayores poblaciones se concentran en Rumanía, donde hay 3 millones; en España (600.000), Francia (300.000) y Grecia (200.000).

Los libros de historia señalan que en un primer momento fueron bien recibidos, tanto por su capacidad de diversión como por sus buenos trabajos como comerciantes de ganado de labor, consumados herreros y reparadores de calderos, aperos de labranza, etc.

Pero desde el momento en que la sociedad mayoritaria comprendió que había topado con un grupo de personas independientes, libres, sin intención de cambiar esas características, comenzaron los problemas. Rechazaron la vida sedentaria y tuvieron que pagar por ello: la autoridad los forzó a asentarse en contra de su voluntad. Probablemente la mayor represión

tuvo lugar en España, aunque no fue el único estado que la practicó. La Pragmática de Medina del Campo, firmada por los Reyes Católicos en 1499, les obligaba a no vagar en grupos y asentarse allí donde se encontrasen, bajo pena de cien azotes, destierro, o bien, corte de las orejas en caso de reincidencia en el incumplimiento.

Esa fue la ley que rigió hasta 1619, cuando la Cédula de Felipe III los expulsaba del reino y prohibía el uso del traje, nombre y lengua gitanos. La tregua llegó con la Pragmática de Carlos III, con la que en 1783 dejó de considerarse como una raza maldita.

Sólo durante unos cien años (1850–1950) los gitanos españoles estuvieron bien considerados, al convertirse en imprescindibles en la economía agrícola –especialmente en Extremadura y Andalucía– lo que les reportó reconocimiento social y respeto.

Sin embargo, la represión no es asunto del pasado remoto. Hace apenas tres años, Kosovo se convirtió en trampa mortal para los gitanos de esa región yugoslava: fueron asesiados, atacados o expulsados de sus casas y tierras primero por serbios y luego por albanokosovares, es decir, sus conciudadanos.